SOLO EL EVANGELIO ES REVOLUCIONARIO

CONVERSACIONES CON ÓSCAR RODRÍGUEZ MARADIAGA

A CARGO DE **ANTONIO CARRIERO**

PPC

Título original: *Solo il Vangelo è rivoluzionario*
Traducción de Pedro Ignacio Fraile Yécora
This book was negotiated through Ute Körner Literary Agent, Barcelona
www.uklitag.com

Diseño de cubierta: Estudio SM

© 2017, Edizioni Piemme S.p.A
Segrate-Milán
www.edizpiemme.it

© 2018, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
ppcedit@ppc-editorial.com
www.ppc-editorial.es

ISBN 978-84-288-3262-5
Depósito legal: M 8470-2018
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

1

DE DON BOSCO AL VATICANO

El colegio salesiano. El amor por la teología. El Evangelio y los jóvenes. El encuentro con Juan Pablo II

–¿Quién es Óscar Andrés Rodríguez Maradiaga según Maradiaga?

–Soy un hijo de Don Bosco. Mi primer encuentro con él comenzó muy pronto. Tenía seis años cuando mi padre me llevó al colegio salesiano donde vivía su confesor. Me entusiasmé cuando vi a tantos niños y jóvenes jugando en el patio.

Mi padre se dio cuenta y me dijo: «Estudiarás aquí». Para mí aquello fue el regalo más grande que pudiera recibir. Al año siguiente estaba ya en primero de Primaria, y el colegio se convirtió en mi segunda casa.

No hace mucho tiempo encontré al embajador de Colombia ante la Santa Sede, que fue salesiano y estudiante de filosofía; posteriormente abandonó la congregación salesiana y marchó a Alemania a conseguir un doctorado en filosofía: los dos coincidíamos en el espíritu de familia que se vive en los ambientes salesianos. Él me dijo: «El colegio salesiano era nuestra familia». Tanto él como yo teníamos en casa a nuestros padres, hermanos y hermanas..., pero, para nosotros, la casa era la escuela salesiana.

Aprendíamos a tocar instrumentos, jugábamos, pertenecíamos a las distintas «academias», antigua fórmula del asociacionismo moderno. Me sentía muy bien con mis amigos; tanto que nos tenían que recordar que debíamos volver a casa, porque nosotros no queríamos irnos. Este espíritu de familia era una componente esencial.

El director salesiano que tuve desde mi cuarto curso de Primaria hasta el penúltimo año fue para mí como Don

Bosco. Un alemán, un tipo forzudo al que estaré siempre reconocido, hizo que me entusiasmaran la química y la física, tanto que años más tarde decidí estudiar las dos materias para poder enseñarlas a los estudiantes.

–Sus vestiduras rojas de cardenal, ¿no le recuerdan quizá las de un monaguillo?

–Así es. Con ocho años ya vestía la indumentaria del «clero menor» para ayudar al altar. Para ser monaguillo me tenía que levantar a las cinco y, sin haber desayunado, porque entonces existía la norma del ayuno de la medianoche, iba corriendo a la iglesia. Me vestía y ayudaba a misa en latín, y a decir verdad no entendía casi nada. Luego rezábamos el rosario y asistíamos a algunas lecciones de catecismo. Todo seguido, el desayuno y a las siete y media ya estaba en clase.

En alguna ocasión, el director de la escuela, que más tarde llegó a ser mi arzobispo, me llevaba a ayudar a misa a la escuela de las Hermanas. Nosotros, unos niños, intentábamos todo para ir allí, porque era la única forma de ver a las chicas. Una vez, volviendo a casa, me preguntó si me gustaría ser sacerdote. Rápidamente respondí que sí.

Lo hablé con mi madre, que comenzó a llorar y a decirme que todavía era demasiado pequeño para decidir, que no tenía demasiada salud y que tendría que pedir el permiso a mi padre. Él me dijo que era demasiado revoltoso para ser sacerdote y que seguramente me echarían al día siguiente de haber entrado en el seminario. De todas formas, antes de tomar una decisión tenía que acabar el instituto.

Me sentó muy mal. Fue para mí una verdadera desilusión. Aparqué mi sueño y pensé en convertirme en piloto, como lo habían sido otros familiares. Me gustaba volar y

alimentaba esa pasión leyendo libros de aviación, estudiando inglés –la lengua de los pilotos–, diseñando aviones y haciendo maquetas.

–Usted cultiva dos pasiones importantes: la ciencia y la música. ¿De dónde vienen?

–La primera me fue inculcada por un sacerdote salesiano, un verdadero genio. La segunda, sin embargo, nace en mi familia. Mi padre, cuando regresaba del trabajo, ponía siempre música, y mi hermana mayor era pianista. También yo comencé a rasguear algún instrumento. Mi padre me inscribió en la escuela de música, pero aguanté solo dos o tres meses, porque no llevaba bien tener que ir a solfear el sábado por la tarde mientras mis hermanos jugaban. Por fortuna llegó al colegio un joven salesiano español que tocaba muy bien el acordeón. Yo tenía catorce años, y aquel instrumento me cautivó. Al año siguiente, aquel salesiano cambió de instituto, pero yo seguí aprendiendo por mi cuenta.

–Al acabar el instituto, ¿se presentó a su padre para retomar la decisión dejada en suspenso unos años antes?

–Estábamos a mitad de enero de 1960. Me presenté ante mi padre y le dije: «¿Te acuerdas de la promesa que me hiciste cuando hace años dije que quería ser sacerdote?». No fueron necesarias muchas palabras. Me hizo subir al coche con la maleta y mi acordeón y nos fuimos a los salesianos para entrar en el noviciado. Yo los había elegido porque deseaba con todas mis fuerzas enseñar a otros y llegar a ser un buen educador. Los salesianos eran especialistas en la enseñanza.

–¿No había nada que no le gustase de los salesianos?

–Algo que me llamaba mucho la atención era que los sacerdotes fueran trasladados de un país a otro, de una casa a otra, sin que les dieran muchas explicaciones; es más, casi sin decírselo hasta que no hubiera comenzado el nuevo año escolar. Veía cómo los sacerdotes, los clérigos, los hermanos coadjutores eran trasladados a otros Estados; esto me parecía muy duro, incluso cruel, para nosotros, que habíamos estrechado una amistad con ellos y habíamos aprendido a quererlos. Pronto supe que la razón era que, en su consagración, habían hecho un voto de obediencia y que, por tanto, debían estar siempre preparados para partir donde fueran necesarios. A mí me parecía una locura dejar la propia tierra, la familia, e irse lejos. Con el tiempo lo comprendí, y yo mismo experimenté en mi vida salesiana estar siempre preparado para partir y para obedecer.

–Por el contrario, ¿qué era lo que más le maravillaba del carisma salesiano?

–La alegría, la calidad de la vida comunitaria en sí misma; sobre todo me llamó la atención que, habiendo salesianos de tantas nacionalidades, todos trabajasen unidos en un único proyecto, y que todos siguiesen a Don Bosco con amor.

Mi inspectoría, es decir, la región salesiana a la que pertenezco, es la de Centroamérica y está formada por hermanos de seis naciones; a esta variedad extraordinaria se añadían los hermanos misioneros llegados de Austria, de Alemania, de Italia, de Hungría, de España, etc., y, sin embargo, todos estábamos unidos en el mismo trabajo y en la alegría de la vida comunitaria.

Esta explosión de alegría hacía que nos enamoráramos del Evangelio y del ideal salesiano. De estudiantes pasábamos todo el día en la casa salesiana, hasta el punto de que tenían que enviarnos a nuestras casas por la tarde; nos íbamos con tristeza y con el deseo de regresar al día siguiente.

–Después de los estudios de filosofía y teología consiguió realizar otro sueño: la enseñanza...

–Así es; me pidieron enseñar teología por la mañana en el mismo instituto donde había estudiado el año anterior, y por la tarde química en un instituto salesiano. Un día me llamó mi superior –que nosotros, los salesianos, llamamos «inspector»– y me propuso ir a estudiar Derecho canónico a Roma. Le respondí: «No, por favor. Yo no soy una persona "cuadrada", y usted me quiere "cuadricular"». Después de una larga discusión aceptó que fuera a estudiar teología moral. Me inscribí en la Academia Alfonsiana de Roma. Un buen día, el profesor de Moral y psicología, un padre redentorista austríaco, me preguntó a mí y a otros cinco estudiantes si nos atrevíamos a compaginar otras asignaturas al mismo tiempo que las propias de la teología moral. Aceptamos. Se trataba de un curso de psicología clínica en la universidad romana de La Sapienza, cada sábado, que en verano continuábamos en Austria, en Innsbruck. De esta forma, terminados los estudios de teología moral, me encontré también con un diploma en Psicología clínica. Regresé a Guatemala con estos títulos y fui nombrado director del estudiantado filosófico; tiempo después me llamaron de la nunciatura: «El nuncio le espera el próximo lunes a las nueve». Yo tenía un problema con el cardenal de Guatemala; sus estudiantes diocesanos fre-

–¿Cuándo le llamó Francisco para coordinar el Consejo de ocho cardenales (más tarde nueve)? ¿Cómo ha vivido esa experiencia?

–Al principio, con gran emoción, aunque somos muy amigos. Sabíamos que, una vez elegido como papa, solo podríamos verlo pidiendo una audiencia a la prefectura de la Casa Pontificia. Ese día me dolía una pierna por una fractura, pero aquella llamada me alivió el dolor. Estaba en Roma, en casa del embajador de Honduras, donde me alojaba, y recibí una llamada telefónica. «¿Quién me llama del Vaticano?». Era Francisco. «Santo Padre», exclamé. «Escuche, ¿qué hace mañana después del Ángelus?». «Lo que usted me diga, Santidad». «Venga a comer conmigo a Santa Marta». Yo pensé: «¿Cómo es posible que el papa, cuatro días después de su elección, me invite a comer?».

Aquella comida estuvo muy bien; antes solo una vez cené con Juan Pablo II, y nunca lo había hecho con Benedicto XVI, que no invitaba casi nunca a comer, porque él es muy frugal.

Durante la comida, Francisco me dijo: «He pensado hacer un Consejo de cardenales con este, y este, y este...»; ya tenía todos los nombres en su cabeza. «¿Te atreves a coordinar este Consejo?». «Está bien, Santidad –le respondí–, si usted me lo pide, lo haré...». Pero esa no ha sido la única vez que hemos comido juntos. A veces le pido una audiencia y me dice que no tiene tiempo, pero me invita a comer con él. La última vez ha sido el 14 de septiembre de

2016, con ocasión de la canonización de Madre Teresa. En estas ocasiones podemos hablar abiertamente. Muchas veces me pide: «Dime claramente lo que dicen que no va bien». Francisco es un hombre humilde. No quiere oír solo las alabanzas, sino también las críticas.

–¿Con qué criterios han sido elegidos los miembros del Consejo del papa?

–Han sido criterios continentales. Un cardenal de Oceanía, uno de Asia, uno de África, uno de Europa y dos en el caso de América, porque es distinto: son dos continentes, uno de lengua inglesa y otro de lengua española. También pensó en uno del *Governatorato,* y nosotros pedimos que estuviese el Secretario de Estado, porque él debe llevar a cabo la reforma, y si él la desconoce no la podrá realizar. Estos han sido los criterios principales.

–Como hijo de Don Bosco, ¿había pensado alguna vez llegar a estar tan cercano al papa, incluso a aconsejarlo? ¿Cómo vive y qué dice a su vida espiritual esta responsabilidad que le ha pedido el papa?

–En realidad, nunca lo habría imaginado. Siempre me he considerado salesiano, por lo cual me veía en el futuro como un anciano siempre en medio de jóvenes, bien dando clase en colegios, bien dirigiendo una banda de música, bien confesando. Nunca había pensado en el episcopado como posibilidad, y menos aún llegar a ser cardenal. Son los caminos de Dios los que me han llevado a colaborar con el Santo Padre. Si hubiera podido elegir mi camino, no sería lo que soy, porque mi proyecto de vida espiritual siempre ha sido el de ser padre y pastor de los jóvenes. Pero Don Bosco decía que ningún esfuerzo es nunca tal

cuando se trata de ayudar al papa. Con este espíritu vivo la responsabilidad actual.

–¿Cómo se lleva a cabo la reforma de la Curia romana?

–Lo primero que hemos afrontado ha sido la cuestión económica: después de dos comisiones –una sobre las finanzas y otra específica sobre el IOR– ha nacido la secretaría para la economía. Más tarde ha llegado el momento de reformar algunos cánones del *Código de derecho canónico*. También nos hemos dedicado al asunto de la comunicación con un nuevo dicasterio que por primera vez incorpora a todos los «medios» del Vaticano; una reforma que necesitará por lo menos tres años para que sea llevada a cabo: reducir el personal de Radio Vaticana y seguir una política de comunicación bien definida. Se está trabajando también en la renovación de los medios de comunicación, porque muchas instalaciones están ya obsoletas. Por ejemplo, las altas antenas de Radio Vaticana, a causa de las cuales hemos tenido litigios con el Estado italiano por las radiaciones; además son antenas de onda corta que ningún país del mundo usa ya.

Hemos iniciado la reforma de «Laicos, familia y vida» y del dicasterio para el servicio al desarrollo humano integral, que reúne *Cor unum,* Justicia y Paz, Pastoral de la salud y Pastoral de los emigrantes. Estamos trabajando en las nunciaturas, en la Secretaría de Estado, en la congregación de los obispos, así como en la cultura y la educación. Por tanto, aún tenemos mucho en la agenda. Antes de poner por escrito la Constitución hemos preferido actuar y comenzar un cambio. Los documentos oficiales se escribirán solo al final de la reforma. El Consejo de los cardenales no es solo para la reforma de la Curia: una vez concluida la

marnos; es verdad que a veces tendremos reacciones negativas, pero, en general, los jóvenes aprecian al sacerdote que está con ellos y que les quiere.

–¿Qué le preocupa a Francisco en la actualidad?

–Su mayor preocupación es, sobre todo, comprender cómo los sacerdotes, los obispos y los cardenales pueden dar un mayor testimonio de los valores evangélicos. Un signo pequeño de testimonio lo podemos encontrar en la sencillez de los vestidos de Francisco. Desde el día en que fue elegido no ha cambiado su armario; muchos han hecho bromas sobre esto. Alguien le dijo: «Santidad, ¿por qué viste esos pantalones?»; Francisco respondió: «¿Por qué?, ¿están sucios?»; «No, pero se ven bajo la sotana blanca». El papa replicó: «¡Pero aún me sirven! Cuando estos pantalones estén viejos, buscaré unos pantalones blancos; pero ahora voy bien con estos. Es más –añadió–, así se ve que el papa lleva pantalones».

Bromas aparte, el papa está verdaderamente preocupado por testimoniar el Evangelio y por la tentación de poder, que continúa corrompiendo a muchos miembros del cuerpo eclesial. Cuando otros cardenales del C-9, y yo mismo, tuvimos nuestra primera reunión, en octubre de 2013 –nosotros fuimos nombrados como consejeros en abril de 2013–, en los meses del ínterin, esto es, mayo, junio, julio, agosto y septiembre, cada uno había redactado una «constitución» propia que después explicó en el C-9 –yo escribí una especie de nueva *Pastor bonus*–. El papa dijo en la reunión: «Bien, habéis trabajado, pero el enfermo más grande es la transparencia económica del Vaticano». Había que trabajar en primer lugar en la reforma económica, y el asunto del IOR no era más que la punta del iceberg.

ÍNDICE

1. De Don Bosco al Vaticano 5
2. Un pastor en América Latina 27
3. La renuncia de Benedicto XVI 35
4. Y vino Francisco del fin del mundo 45
5. El sueño de Francisco 53
6. «Óscar, necesito tu ayuda» 65
7. Solo el Evangelio es revolucionario 81
8. No muros, sino puentes 99
9. El mensaje de la misericordia 107
10. ¿Quién no es misericordioso con Francisco? 113
11. El Evangelio en las redes sociales 123